

cie de prescripcion constituida por un uso no interrumpido. « Los que conocen la humanidad y su orgullosa flaqueza, » saben que no se llegan á reformar estas imperfecciones sino » con una pendiente insensible, y que jamás se las apega mas » fuertemente al mal que cuando se las quiere precipitar en el » bien (1). » Estas medidas le enajenaron el corazon de los cardenales. Acabó de exasperarlos otro incidente : hicieron la peticion formal á Urbano VI de trasladar la Santa Sede á Aviñon. El papa lo negó redondamente, y en verdad que le daban sobrada razon los últimos acontecimientos. Sin embargo, este fué el pretexto que tomaron los cardenales para separarse abiertamente de Urbano VI. Se reunieron en Anagni, publicando su intencion de proceder á nueva eleccion, « porque, » dijeron, la primera no habia sido libre. » Se quedaron con el papa los tres cardenales italianos : y para seducirlos, les escribieron los de Anagni individualmente, prometiendo á cada uno el pontificado. Se dejaron ganar y fueron á unirse con los disidentes. En tanto que la intriga y la ambicion dejaban tal vacío en torno de Urbano VI, santa Catalina de Sena acudió á Roma y puso al servicio del papa sus virtudes é inflamada elocuencia. « ¿ Con que es verdad, escribió á los cardenales de Anagni, que en lugar de ser broqueles de la fe, » defensores de la Iglesia, pastores del rebaño, no sois sino » mercenarios é ingratos? Porque sabida teneis la verdad : » sabeis y lo habeis dicho y redicho mil veces que Urbano VI » es el papa legítimo ; que su eleccion ha sido mas bien obra » de la inspiracion divina que de vuestra industria humana. » ¿ Cuál es pues la causa de vuestro cambio sino el veneno del » amor propio que emponzoña al mundo? Hé aquí porqué en » lugar de ser columnas del edificio, flotais á todos vientos » como ligera paja. En lugar de ser flores que perfumen la

(1) *Historia del Pontificado* durante el siglo XIV, tomo III, pág. 19). Las historias contemporáneas imparciales, y especialmente las cartas de santa Catalina de Sena, prueban que habia llegado á un punto escandaloso la corrupcion de la corte pontifical, aunque habia excepciones gloriosísimas. No era pues extraño que el celosísimo y santísimo papa Urbano VI quisiera cortar de raíz tanto mal.

(El Traductor.)

» Iglesia, la infectais con vuestros errores ; en lugar de ser » antorcha puesta en la cumbre, vais marchando en pos del » ángel de tinieblas. » Esta admirable carta, que deseáramos poder citar entera, no obtuvo resultado. Urbano VI hizo otra tentativa : ofreció á los cardenales someter sus derechos al exámen de un concilio general. Con oprobio eterno para ellos, se negaron á esto. Entonces Urbano VI hizo una promocion de veintiseis cardenales para reemplazar á los disidentes. ¡ Cosa notable ! En esta lucha, inexcusable de parte de los cardenales que solo pretextaban dureza de genio y violedecia de carácter al papa, Urbano VI, este papa tan duro de genio, tan violento de carácter, como decian, no pensó en emplear contra ellos los anatemas y censuras de la Iglesia ; y sin embargo, los cardenales inundaban entonces al universo con un manifiesto, en que trataban al papa de apóstata y de intruso.

6. Esta situacion violenta se desenlazó con un resultado fácil de prever. Los cardenales disidentes se salieron de Anagni, donde se creian poco seguros ; y á instancias de Juana, reina de Nápoles, que habia abrazado su partido, se trasladaron á Fondi, ciudad de los Estados napolitanos. Allí se formaron en conclave el 20 de setiembre de 1378, y desde el primer escrutinio, con gran extrañeza de los tres cardenales italianos, los cuales creian ser elegidos, cada uno por su parte, proclamaron á Roberto de Ginebra, bajo el nombre de Clemente VII. Así se consumó el cisma. Roberto de Ginebra contaba en su familia una antigua ilustracion, y alianzas con la mayor parte de las casas reales de Europa. No se le podian negar mucho valor personal y gran magnanimidad de carácter que le daban un aire majestuoso de soberano ; pero era un prelado de grande ambicion, de costumbres mundanas, apasionado por el fausto, y de gustos frívolos y vanos : tal, en fin, como convenia para aceptar el papel de un antipapa. Santa Catalina protestó con toda su energía contra la eleccion cismática. La mayor parte de la cristiandad continuó reconociendo por papa legítimo á Urbano VI. La Alemania, Hungría, Polonia, Suecia, Dinamarca, Inglaterra, la Bretaña, Flandes y España,

á pesar de algunas tergiversaciones de los reyes de Castilla y Aragon, toda la Italia setentrional y en fin el emperador de Constantinopla le permanecieron fieles. Se hubiera sofocado el cisma en su origen si la Francia no hubiese abrazado el partido de Clemente VII, que vino á fijarse en Aviñon, donde fué recibido con entusiasmo. La influencia francesa acarreó los príncipes acostumbrados á someterse á ella, como la reina de Nápoles, y los reyes de Chipre y Escocia. Hé aquí toda la obediencia del antipapa, á pesar de las adhesiones y numerosos manifiestos de la Universidad de París.

7. La cuestion de los dos pretendientes podia formularse así : ¿Fué canónica, ó no lo fué la eleccion de Urbano VI? Los doctores de Oxford, en respuesta á las aclamaciones de los canonistas franceses, la resolvieron victoriosamente. Hé aquí sus argumentos : 1°. « Se dice que la eleccion no ha sido libre ; » ahora bien, el pueblo romano no ha impuesto á los cardenales tal ó tal persona en particular. Pedian, y con razon, » que el papa fuese romano. Los cardenales ni aun accedieron » á este deseo : escogieron á un napolitano, en quien de modo » alguno pensaba la muchedumbre. No pueden pues quejarse » de que se le haya impuesto una eleccion que no fuera suya. » 2°. El arzobispo de Bari, electo, rehusó, con la mayor intancia, la tiara que se le ofrecia. Los cardenales le suplicaron » accediese á sus votos. Si no hubiera sido libre la eleccion » primitivamente, lo fué de hecho ya entonces. En lugar de » revocarla, los cardenales la renuevan con reiteradas instancias. No pueden pues decir que Urbano VI ha sido elegido » á su pesar. 3°. Los cardenales le han coronado, y hasta los » mismos que se habian ausentado de Roma vuelven para esta » ceremonia. ¿Cómo habian de venir á consagrar un papa que » no habian elegido? 4°. Si hubo violencia, solo fué durante » una noche. Ahora bien, durante tres meses los cardenales » se han quedado pacíficamente con Urbano VI, recibieron de » su mano la sagrada Comunion, le prestaron juramento de » fidelidad, solicitaron y alcanzaron gracias del papa. El pueblo » no se quedó sobre las armas tres meses en derredor del pala-

» cio pontifical. Los cardenales estaban libres entonces y trataban libremente con Urbano VI. 5°. Una de dos : ó los cardenales supieron que Bartolomé Prignano era papa, ó supieron que no lo era. Si á su vista Prignano era papa, » ¿porqué han elegido á Clemente VII? Sino lo era, ¿porqué » han notificado á toda la cristiandad como legítima su eleccion? » Si esta notificacion no era sino mentira, luego han engañado » á la Iglesia de Dios : y no tienen derecho alguno á que se » crea jamás su testimonio. » Estas razones nos parecen perentorias, ni sabemos que jamás se les haya replicado. Hé aquí porqué, á nuestro modo de ver, como á los ojos de la Iglesia romana, Urbano VI ha sido soberano pontífice, Clemente VII un antipapa.

8. Los dos pontífices rivales se anatematizaron recíprocamente, y en solo esto se semejan los dos pontificados. Clemente VII, papa de los Franceses, se contentaba con el lujo de su corte, percibia las rentas eclesiásticas del reino y rebajaba la dignidad de su tiara, usurpada bajo la influencia real. « ¡Lamentable situacion! exclama aquí el francés Clemengis. » Nuestro pontífice Clemente se habia esclavizado tanto bajo » sus hombres de corte, que recibia de ellos, sin osar quejarse, » los mas indignos tratos. Conferia á los cortesanos los obis- » pados y otras dignidades eclesiásticas. Ganaba á los príncipes » con presentes, otorgándoles diezmos sobre el clero, y deján- » doles tomar sobrado ascendiente sobre los eclesiásticos : por » manera que los señores seculares eran mas papas que el » mismo papa Clemente VII. » Con todo, como rectificacion de estas palabras de un autor contemporáneo, debemos decir que Clemente VII hizo nombramientos honorosos para la Iglesia. Él mismo fué quien nombró obispo de Metz á san Pedro de Luxemburgo, nacido en 1369, en la villa de Ligny. No tenia este jóven sino quince años cuando Clemente VII le llamó al gobierno de la iglesia de Metz y le creó cardenal. Por lo demás, nunca fué ordenado de sacerdote. Las virtudes y santidad precoces de Pedro de Luxemburgo se habian adelantado en él á los años : murió á los diez y ocho años, fué canonizado

en 1327, y proclamado patron de la ciudad de Aviñon, en cuyo recinto habia pasado los últimos años de su vida. Pero cualquiera que fuese su mérito, su promocion á un obispado y al cardenalato puede parecer prematura con justa razon, y Clemente VII, haciéndola, habia obedecido mas bien al deseo de crearse una alianza con familia ilustre y poderosa que no consultado las reglas canónicas.

9. Urbano VI obraba de muy distinto modo en Roma. Jamás se le ha echado en cara ninguna flaqueza culpable por los príncipes. Al contrario, podría decirse que llevaba sobrado alto el sentimiento de la dignidad é independencia pontifical. La sola acusacion que la historia le haya dirigido, es de haber manifestado sobrada aficion al caballero Prignano, su sobrino. Por desgracia este favorito era indigno de sus bondades, y la incapacidad del sobrino, junto con sus desórdenes, resaltaba mas contra el augusto carácter del pontífice, su tio. El primer acto de autoridad de Urbano VI fué tratar con rigor á la reina Juana de Nápoles, que acababa de dar á la Italia el escándalo del cisma, abrazando el partido del antipapa; y esta defeccion era tanto mas culpable cuanto que el reino de Nápoles era un feudo pontifical. Urbano VI depuso á la reina Juana y alzó á sus vasallos el juramento de fidelidad. Al mismo tiempo escribió á Luis I el Magno, rey de Hungría, para que le enviase á su hijo Carlos, duque de Duras, apellidado Carlos de la Paz, declarándole que estaba decidido á darle la investidura del reino de Nápoles. Juana no tenia hijos; y Othon de Brunswick, su cuarto esposo, era poco apto para defender sus derechos á mano armada. Para conjurar la tempestad, fijó sus miradas en Luis, duque de Anjou, hermano del rey de Francia, y lo adoptó por hijo suyo. Este acto de hábil política introducía nuevo elemento en la contienda, pero no se aprovechó de él Juana. La muerte de Carlos V, rey de Francia, acaecida en el intervalo, suspendió la salida de la expedicion francesa. En esto era ya llegado á Roma Carlos de la Paz. Cuando este príncipe, hasta entonces oscuro y pobre, se presentó como conquistador en el teatro de Italia, se hallaba

en lo mas florido de su edad. Sus maneras eran finas, y sus palabras dulces, lisonjeras y persuasivas; pero bajo este seductor semblante ocultaba una profunda disimulacion, un corazon empedernido y una política inmoral que prosiguió por todas cosas. Recibió de Urbano VI la investidura del reino de Nápoles, socorros en hombres y en dinero, pronunció en manos del papa juramento de fidelidad á la Santa Sede, y marchó contra las tropas de Juana, mandadas por Othon de Brunswick. La venganza del cielo iba á caer sobre esta reina criminal. La marcha de Carlos de la Paz se parecia á un triunfo: el pueblo, ya indignado contra la reina, le abrió las puertas de la ciudad: Juana se rindió, y su vencedor quedó dueño del reino. Cautiva en la fortaleza del Huevo, la reina esperaba su suerte. El 22 de mayo de 1382, en el momento que estaba haciendo oracion en la capilla real, dos soldados húngaros entraron bruscamente y le presentaron un vaso lleno de licor envenenado. « Bebed, » le dijeron. La desventurada rechazó la fatal copa. Los soldados, poniendo mano en sus espadas, le dijeron: « Escoged; ó el acero, ó el veneno. » Juana prefirió este, pareciéndole muerte menos violenta, y despues de haberse confesado, se bebió toda la copa fatal. Cuando se agitaba entre las convulsiones de la agonía, los asesinos aceleraron su muerte ahogándola. Así acabó, despues de treinta y ocho años de reinado, esta reina sobrado acusada para dejar de ser culpable, sobrado calumniada para dejar de ser digna de lástima.

10. El triunfo de Carlos de la Paz debia poner término á la solicitud de Urbano VI respecto del reino de Nápoles: mas no fué así. Vencedor, este príncipe se olvidó de todas sus promesas de pretendiente. Así que se cumplió el advenimiento de Carlos VI al trono de Francia, y vencidas las dificultades inseparables de los primeros momentos de una regencia, Clemente VII se habia apresurado de llamar al consejo real la expedicion napolitana, proyectada por el último rey en favor de Luis de Anjou. El pretendiente vino á Aviñon á recibir de manos del antipapa la investidura del reino de Nápoles, y se puso en marcha al frente de un ejército brillante. En su segui-

niento iban el conde de Savoya, Amedeo VI, el conde de Ginebra, hermano de Clemente VII, el caballero de Montjoie, Enrique de Bretaña, Ramón de Beaux, y gran número de gentiles-hombres que querían probar fortuna con Luis. Atravesaron toda la Italia siguiendo el litoral del Adriático, y el 13 de julio de 1382 llegaron á las fronteras de los Abruzos. Pero Carlos de la Paz no era tan fácil de vencer como Juana de Nápoles. Concentró sus guarniciones en las plazas fuertes, quitó todas las subsistencias, y dejó al hambre y clima abrasador de Italia el cuidado de acabar con el brillante ejército de Luis de Anjou. Este sistema le salió perfectamente; pues su competidor murió de tristeza en 1384, y el resto de la expedición se disipó. Este nuevo triunfo hizo á Carlos de la Paz mas arrogante y altanero hácia Urbano VI. El pontífice vino á Nápoles para reclamar en persona la observancia de los tratados. Carlos, hollando las leyes mas sagradas, dejó encerrar al papa y retenerlo prisionero. Logró hacer entrar á seis cardenales en una conjuración dirigida contra la vida del pontífice. Urbano VI logró fugarse y se refugió al castillo de Nocera, que le pertenecía. Mandó formar proceso á los cardenales rebeldes; y probada su culpabilidad, se siguió ejecución de pena capital. En esta circunstancia la justicia pudo mas que la misericordia: el papa fué inflexible. Obró en este caso como obran todos los soberanos en semejante lance. Se le ha querido acusar violentamente; pero en las circunstancias difíciles en que se hallaba, cercado de asechanzas, espías y traidores, quizás no hubiera convenido la clemencia. Mas sea de esto lo que quiera, Carlos de la Paz, prosiguiendo sus hostilidades, fué á sitiarse en su fortaleza, respondiendo así á una sentencia de excomunión y deposición que el papa había fulminado contra él. El castillo resistió durante siete meses á los esfuerzos del ejército napolitano. Urbano fué libertado por una armada genovesa, cuyo socorro había solicitado. No quedó impune largo tiempo la ingratitude de Carlos de la Paz. A la muerte de Luis I el Magno, rey de Hungría, los nobles del reino ofrecieron la corona al rey de Nápoles. La esperanza de reunir dos Estados poderosos

sedujo la ambición de Carlos. Aceptó, partió para sus nuevos dominios, é hizo su entrada en Budda entre entusiastas aclamaciones del pueblo. Su altanería y fiereza disgustaron muy pronto en alto grado á los magnates de Hungría. Apenas había transcurrido un año, cuando Carlos fué atacado por un asesino, en 1386. Como no moría tan pronto como deseaban sus enemigos, una poción de tósigo activo acabó lo que había empezado el puñal. Entonces debió de acordarse de la muerte trágica que había mandado dar á la reina, con idénticas circunstancias. Luis de Anjou se aprovechó de esta circunstancia para renovar las pretensiones de su padre al reino de Nápoles. Clemente VII le recibió en Aviñon con pompa real, y renovó en su favor la investidura de los Estados napolitanos. El joven príncipe, al frente de un ejército formidable, pasó á Italia, y logró hacerse reconocer rey de Nápoles, á pesar de los esfuerzos de la reina Margarita, viuda de Carlos de la Paz, y de Ladislao, su hijo. Urbano VI se preparaba á echar fuera al usurpador, cuando murió en Tívoli el 15 de octubre de 1389. Pocos pontífices han sido mas calumniados, ó tratados mas sin lástima que él. Se ha dicho de él poco bueno y mucho malo. Las borrascas de su pontificado explican estas animosidades. Había en Urbano VI un raro amor á la justicia, una pureza angélica en sus costumbres, gran sencillez de vida, horror contra la simonía, conocimiento profundo de las ciencias eclesiásticas. Desgraciadamente tuvo, lo que es muy común, los defectos de esas cualidades. Austero consigo mismo, lo fué demasiado con los demás. La austeridad de sus costumbres espantaba á prelados acostumbrados al lujo, fausto y molición. El gran cisma de Occidente fué la protesta de aquellos.

§ II. PONTIFICADO DE BONIFACIO IX (2 de noviembre de 1389-1.º de octubre de 1404).

11. Cuando llegó á Aviñon la noticia de la muerte de Urbano VI, hubo consejo extraordinario en palacio, se expidió inmediatamente un correo al rey de Francia, suplicándole interpusiese su autoridad con los cardenales romanos, é impidiese